

**DOMINGO DE PASCUA – VIGILIA PASCUAL**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**20 de abril de 2014**  
**Gén 1, 1 - 2, 2**

Queridos hermanos y hermanas, os invito a ir con el pensamiento a la primera lectura de esta vigilia santa. Leámos el relato de la creación, presentada como el primer acto de la benevolencia de Dios a favor de la humanidad y como figura de una nueva creación futura en la que todas las cosas creadas serían transfiguradas. Esta nueva creación es la que inaugura la resurrección de Jesucristo en la plenitud de la salvación.

En el *segundo* día de la creación, el autor sagrado decía que Dios separó las aguas del cielo y las de la tierra. Haciendo oración, un monje poeta preguntaba: "Señor, cuando separaste las aguas del cielo y de la tierra y creaste los océanos ¿hiciste también las lágrimas?" Que es como preguntar: las lágrimas, ¿las has creadas tú, Señor? Y el monje poeta encontró la respuesta en su corazón contemplativo: "Sí, hice las lágrimas de alegría. Eva y Adán, después, hicieron las de dolor" (cf. manuscrito inédito del P. Oriol Diví).

Dios hizo las lágrimas de alegría, las que nos vienen a los ojos cuando la alegría nos empapa el corazón. En cambio, las lágrimas de dolor son fruto del primer pecado y de todos los pecados posteriores; son, por tanto, obra humana. Dios no quería las lágrimas de dolor, las ha provocado el espíritu del Mal al que sucumbe la debilidad humana. Por eso Dios ha llevado a cumplimiento una nueva creación por medio del misterio pascual de Jesucristo. Él, el Señor, ha asumido las lágrimas de dolor de Adán y Eva unidas a las lágrimas de dolor de toda la humanidad. *Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y suplicas al que podía salvarlo de la muerte*, lo hemos meditado en estos días de la pasión del Señor. Y el Padre *le escuchó... y se ha convertido para todos los que le obedecen en causa de salvación eterna*. (cf. Hb 5, 7-9). Una *salvación* que no llegará en plenitud a toda la humanidad hasta el final del tiempo. Entonces, *Dios enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor* (Ap 21, 4). Jesús, pues, ha asumido todas las lágrimas de dolor del mundo para transformarlas en lágrimas de alegría en la Pascua. Pero no es una transformación automática. Jesús, con su victoria sobre el Mal y la muerte inicia un proceso que debe continuar cada día hasta el fin del mundo. Nosotros nos encontramos en un estadio intermedio, entre la victoria radical de Jesucristo sobre la causa de las lágrimas de dolor y el abrirse paso de esta victoria hasta que llegue a toda la humanidad. Las lágrimas de dolor aún empapan la tierra, lo vemos cada día en nuestro entorno: lágrimas de dolor a causa de la violencia, de la guerra, los asesinatos, de las injusticias, de las desavenencias, del sufrimiento del corazón, de las enfermedades, de la muerte. El Señor en su bondad para con toda la humanidad quiere que los cristianos le ayudamos a ir transformando la lágrimas de dolor en lágrimas de alegría; quiere que le ayudemos a ir haciendo llegar el fruto de su victoria pascual a lo más íntimo de todas las personas. Y para poder hacer esta tarea como embajadores de Cristo resucitado, debemos empezar por renovar nuestro interior con la gracia de esta Pascua.

Las lágrimas de dolor brotan, también, de los ojos de muchos de los cristianos de Oriente Medio a causa de la situación difícil y hasta de riesgo que viven. Pero sus ojos no se ciegan del todo debido a la esperanza que les infunde el anuncio gozoso de la Pascua y de la solidaridad que les llega de sus hermanos en la fe de todo el mundo. Esta noche santa de la resurrección del Señor los tenemos bien presentes. Y os proponemos hacerles llegar, junto con la oración, nuestra ayuda económica. Por ello,

al final de la celebración haremos una colecta para ayudar a los servicios que la Iglesia presta en esa zona que incluye la Tierra Santa donde tuvo lugar la obra de nuestra salvación.

Comenzaremos ahora la liturgia bautismal. El sacramento del bautismo nos hace participar de la gracia de Pascua e inicia en el bautizado una transformación progresiva que va pasando del pecado que causa las lágrimas de dolor a la vida nueva que se abre a la alegría del corazón. El agua que Dios nos dio en la creación, se convierte, gracias a la cruz de Jesucristo, en agua purificadora, en agua que lava el pecado y renueva el interior del creyente. Y así, se convierte, también, en agua dadora de vida, que nos hace nacer a la vida de Dios, haciéndonos hijos del Padre, hermanos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo, miembros del Pueblo de Dios que es la Iglesia. A medida que el bautizado va profundizando su fe, va encontrando dentro de él una fuente espiritual de agua viva que le lleva al Padre, que lo identifica con Jesucristo, y le abre a la comunión con todos los hermanos en humanidad, a la comunión con todas las cosas creadas.

En esta noche santa, llena de los dones de Jesucristo resucitado, daremos la gracia del bautismo en el Arnau Gubern; nosotros le acompañaremos con la oración y renovaremos las promesas bautismales para que el Señor vitalice en nuestro interior el don que nos hizo al ser bautizados. Nos alegramos con Arnau y con sus familiares; se alegra particularmente la Escolanía, de la que forma parte. Hecho hijo de Dios por el agua bautismal y por el Espíritu Santo, participará después de la mesa eucarística que Jesucristo dispone para aquellos que han sido hechos hijos del Padre del cielo.

Dejémonos llevar, pues, por el simbolismo tan rico de la liturgia de esta noche y por la oración de la Iglesia que lo acompaña. A través de los signos sacramentales, el Señor resucitado se hace presente entre nosotros -de una manera invisible, pero real- y actúa con la gracia que proviene de su cruz gloriosa. Así va transformando a lo largo de la historia humana todas las lágrimas de dolor en aliento de esperanza y en lágrimas de alegría.